

 OCARINAH

PRESENTACIÓN

Cerramos de la mejor manera nuestro boletín *OCARINAH* abordando temas relativos a la muerte: las ofrendas funerarias de la época prehispánica y los panteones de Pachuca, en alusión a la festividad de Día de Muertos que corresponde como una de las más relevantes de este cuarto trimestre.

Como es bien sabido, el de Día de Muertos es una de las manifestaciones culturales más representativas de México, donde convergen aspectos del culto a la muerte de la época prehispánica con aquellos de procedencia hispana introducidos a partir de la conquista y la evangelización. Se desarrolló durante el virreinato, pervive hasta nuestros días y adquirió adopciones en otras latitudes, circunstancia ampliamente considerada en la UNESCO para que en el año 2003 declarara a la celebración como Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad. El mejor ejemplo de peso en el estado de Hidalgo se tiene en *Xantolo, una celebración ancestral del Día de Muertos en la Huasteca hidalguense* cuyos diversos aspectos son repasados por Maricela Anastacio Cruz.

En los últimos años, además de celebrarse en el seno de los hogares del campo y las ciudades, también se realiza en otros ámbitos como las instituciones educativas, las dependencias gubernamentales y las empresas, con el ánimo de fortalecer las tradiciones. En este contexto, se inscribe la que emprenden anualmente los trabajadores del Centro INAH Hidalgo. En palabras de Sthepany Espinosa, autora del artículo *El Día de Muertos en el Centro INAH Hidalgo: tradición a través de sus altares*, se trata de una actividad donde “no solo funcionan como ofrendas, sino también como exposiciones vivas que nos invitan a reflexionar sobre la riqueza del patrimonio cultural inmaterial del estado y recordar el legado de los trabajadores del Centro INAH que ya no se encuentran presentes”.

Desde la antigüedad, en diversas culturas del mundo, la muerte adquirió el trasfondo religioso que perdura hasta nuestros días. El fallecimiento del ser humano conlleva un ceremonial de velación antes de ser sepultado en un campo previamente sacralizado, sitio donde los deudos habrán de erigir un monumento funerario en su memoria, cuyo aspecto dependía, y hasta la fecha depende, de su condición social y situación económica. Al imponerse el cristianismo en Mesoamérica a partir del siglo XVI, los espacios deseados para la inhumación fueron al interior y en los atrios de los templos, licencia que para el caso de los interiores perduró hasta finales del siglo XVIII y para los atrios de los templos de las ciudades se fue más allá de mediados del XIX. Un recorrido por los diversos camposantos que funcionaron en Pachuca, se encuentra en *Panteones de Pachuca*, revisión realizada por José Vergara a partir de información documental, donde hace un llamado a conservar los monumentos funerarios de la primera mitad del siglo XX conservados en el panteón de San Bartolo de Pachuca.

El artículo de Carlos Hernández Reyes en *Vasijas policromas Chorotega y Plumbate descubiertas en la zona arqueológica de Tula*, introduce las peculiares formas de ornamentación policroma de un tipo de cerámica producida en otros espacios de Mesoamérica, tuvo presencia en la antigua Tula a través del comercio; su valor plástico, seguramente fue la razón por la cual fueron colocadas en el contexto de una ofrenda.

José Vergara Vergara